

# GREGORIO GOYO PERALTA «AL MAESTRO PERON, CON CARINO»



Goyo Peralta junto a Siete Días: "Todos los boxeadores somos peronistas".

Desde Madrid escribe Armando Puenté, corresponsal de Siete Días en España.

El gimnasio Las Praderas está enclavado en los afloramientos de San Rafael, sobre la vertiente norte de la sierra de Guadarrama, en las proximidades de la moderna autopista que une a Madrid con Valladolid. Sobre una de sus paredes, numerosos guantes de box, de distintas medidas, oficiales de elemento decorativo; frente a ellos, sobre el ring, dos boxeadores tratan de no golpearse demasiado porque es el mediodía y dentro de poco habrá que dedicarse a la comida. Sobre un perchero, dos batas asombrosamente limpias lucen los colores argentinos; a pesar de que suele ser costumbre no tienen inscripciones recomendando productos comerciales. Sí, en cambio, alusiones políticas: "Perón vuelve" (lo que originó en octubre pasado discretas gestiones diplomáticas porque en Buenos Aires se enhebraban los gambitos del Gran Acuerdo Nacional) y "Argentino, español, peronista", tres profesiones de fe cuyo inspirador, el pugilista Gregorio Goyo Peralta esgrime en todas las oportunidades que se enfrenta con la prensa.

Mientras invita al corresponsal de Siete Días a participar de una caminata en torno del moderno gimnasio, Peralta reflexiona en voz alta. No elude su particular condición de inmigrante, deportista argentino y amigo personal de Juan Domingo Perón. "Hay momentos en

que la falta de trabajo me obliga a estar inactivo durante mucho tiempo. Entonces me agarra la bronca —dice, recurriendo al lunfardo porteño— y pienso en hacerme ciudadano español y competir por el título de Europa. Si hago esa pelea podría ganar medio millón de pesetas, unos 9 millones argentinos."

—¿El cambio de ciudadanía no afectaría su relación con Perón?

—De ninguna manera. Yo lo consulté al general porque no quiero que vengan los muchachos y me echen en cara que siendo peronista me haga español. Y el general me dijo: "Métale, m'hijo". Entonces, yo le pregunté a Perón qué podría pasar si él regresa a la Argentina. "Todavía hay tiempo, m'hijo —me dijo él—; no hay tanto apuro. Yo desde acá dirijo a los muchachos mejor que estando allá." Y entonces yo le pedí a Perón que me autorizara por escrito a hacerme ciudadano español, porque él es el único que me puede ordenar. Y cuando me dé el mandato yo voy a hacer copias fotográficas para enseñárselas a los que me discutan.

—¿Hace mucho que lo conoce a Perón?

—Personalmente, no; lo vi por primera vez el 4 de abril de 1970. Pero indirectamente sí; yo no soy un político pero nunca voy a olvidar la primera vez que dormí en un colchón, la primera vez que tuve un par de zapatos. Y eso fue gracias al general. Nosotros éramos 16 hermanos —de los cuales quedamos 12 vivos—, y como mi padre era segundo jefe del escua-



"Siempre me entreno pensando en el general." Derecha: con su hijo Juan Domingo y con Perón.

**Mientras gestiona su ciudadanía española —para pelear por el título europeo— el boxeador sanjuanino refiere a Siete Días su amistad con Juan Domingo Perón, padrino de su hijo menor y consejero personal del ex campeón argentino de los pesados**

drón de policía en casa se veía poca plata. Teníamos que ir a la escuela con un cuaderno y un lápiz, porque no teníamos para otra cosa. Pero vino Perón y empezó a elevar a la clase trabajadora y vimos que nuestros vecinos tenían medias y zapatos y nosotros los podíamos imitar. Siempre lo digo: Perón fue el creador de la clase media argentina. Bueno... de esa manera lo conocí a Perón, viviendo más dignamente como argentino. Eso es lo que el general ha hecho por mí y yo no lo olvidaré ni un momento. Por eso le puse Juan Domingo a mi hijito de dos años; y todos los días, cuando me entreno, pienso en Perón.

—¿Qué temas toca cuando lo visita?

—El jefe está cansado de hablar sobre política, y como a él le gusta mucho el deporte, hablamos de boxeo. Tiene una memoria fabulosa: recuerda los tiempos en que fue representante olímpico, de lo que pensaba hacer con el pugilismo cuando era presidente y de por qué traía a Kid Gavilán y Archie Moore. Parece que él quería que ellos se quedaran en Buenos Aires a enseñar boxeo.

—¿Perón entiende de boxeo?

—¡Muchísimo! Me contó que una vez lo hicieron pelear en la provincia del Chaco y que en el combate se le rompió la mano. Desde entonces tiene una fractura igual a la mía.

Gregorio Peralta muestra su mano izquierda. Allí, desde la base del pulgar asoma levemente el pro-

montorio hueso. La extiende y señala el pequeño local donde come con sus sparrings.

Mientras almuerza un trozo de carne asada ("a la manera argentina, porque se pueden perder muchas costumbres, pero no la del asadito") vuelve a insistir sobre el tema que le preocupa: los boxeadores, su formación, la práctica de la profesión. Acompañado por su entrenador, intercala política y deporte, planes para un futuro inmediato y su pasado de provinciano pobre.

—¿Hay muchos boxeadores peronistas?

—Todos. Mejor dicho, casi todos. Porque los pugilistas somos muy humildes. Hemos pasado necesidades y sabomos lo que es el hambre. Y la mayoría le debemos algo al general Perón. Se podrían dar muchos nombres: ahí está Pascualito Pérez, quien se ha mantenido firme como peronista. En cambio, hay otros que recibieron muchas cosas y cuando vino la revolución del 55 salieron a la calle a festejarla. Yo sé muy bien quiénes son esos traidores y lo pienso decir. Pero todo a su momento...

—¿Y Monzón?

—Un día, cuando yo estaba en la quinta 17 de Octubre vino un delegado gremial de Santa Fe a visitar a Perón y a contarle que Monzón era muy peronista y que si ganaba el campeonato del mundo se lo iba a dedicar a él y que también lo iba a visitar al regresar de Italia. Pero cuando conquistó la corona se olvidó de las promesas. Muchos

dicen que fue Juan Domingo Perón quien me enseñó a boxear. Conmigo hi-  
tuve en Est-  
el triunfo  
ca a Perón  
naban todo

—¿Y Os-

—A él ni-  
nada en el  
se saque  
que cuere  
sos pesado  
ricanos lo  
ranking. Lo  
Si no hub-  
las 20 prin-  
gras. Todas

—¿Qué l-

usted boxe-

—Antes  
con Andrés  
quiero que  
padre y tu-  
ne este dep-  
dedicarme  
otra salida  
lustrar zap-  
para criar  
Por eso qu-  
se dedique  
boxeadores  
can como v-

—¿Y us-

—Yo tuve  
ro hay muc-  
pente se ti-  
piensa que  
te. Entonce-  
se encuent-  
tón de zán-  
asado aca-



dicen que él es así, pero para mí que fue Juan Carlos Lectoure, su empresario, quien lo convenció. Conmigo hizo lo mismo, cuando estuve en Estados Unidos. Decía que el triunfo no se lo tenía que dedicar a Perón porque el título lo ganaban todos los argentinos.

—¿Y Oscar Bonavena?

—A él no se lo puede acusar de nada en el terreno político, aunque se saque fotos con Lanusse. Lo que ocurre es que como no hay pesos pesados blancos, los norteamericanos lo pusieron a Ringo en el ranking. Lo mismo pasó conmigo. Si no hubiera intereses racistas, las 20 primeras figuras serían negras. Todas negras.

—¿Qué hacen sus hijos cuando usted boxea?

—Antes de la pelea suelo irme con Andrés, el mayor, a un hotel: quiero que vea lo que sufre su padre y los sacrificios que impone este deporte. Porque yo tuve que dedicarme a esto porque no tenía otra salida. A los 8 años salía a lustrar zapatos y a vender diarios para criar a mis otros hermanos. Por eso quiero que mis hijos no se dediquen a esto: de cada cien boxeadores hay tres que se destacan como verdaderos triunfadores.

—¿Y usted en qué bando está?

—Yo tuve la suerte de llegar. Pero hay muchas tentaciones, de repente se tiene mucha plata y se piensa que va a durar eternamente. Entonces uno quiere vivir, pero se encuentra rodeado de un montón de zánganos que proponen un asado aquí, unas copas allá. Y se

cabe: se necesita mucha fuerza de voluntad para decir que no. Por suerte para mí, tengo una buena compañera que me hizo ver que estaba equivocado. Y ahora quisiera traspasar esa experiencia a los chicos que quieren hacer algo en el ring. Explicarles que les espera una vida llena de sacrificios. Porque los boxeadores no tenemos mucha cultura; si no, no seríamos boxeadores.

—¿Usted les habla de política a sus hijos?

—Siempre. Mis hijos son todos peronistas. Cuando bautizamos al último, el general salió de padrino: fue una fiesta grande, con empanada, humita y loco. Y una torta enorme con los colores argentinos. Isabelita le decía al general que no comiera tanto porque le iba a hacer mal. Pero él no le hacía caso. Hasta se llevó un pedazo para saborear en su casa. Otra vez, cuando el general visitó a mi señora, que estaba enferma, Andreita (que tenía cinco años) lo recibió cantando: "¡Perón, Perón, qué grande sos!".

Yo de la hora en que Peralta debe seguir su entrenamiento, una actividad que inicia todos los días a las 6 de la mañana. Por la tarde se dedica intensamente al gimnasio. Se atiende consecuentemente a un régimen de vida oestricto, que le impone dormirse a las 8 de la noche. Tiene 38 años y gana 2 millones de pesos viejos por pelea. Atrás quedó su infancia de chico pobre en San Juan, su tierra natal. Decía que se hizo profesional —en

1957— combatió en 240 oportunidades, 12 de ellas en Europa. Recientemente, sufrió su octava derrota, esta vez ante Ray Anderson, un moreno de 83 kilos quien durante muchos años fue acólito de Joe Frazier y que lo superó por puntos al cabo de encarnizada lucha. Fiel a sus amores, el argentino lució su bata azul y blanca; también, un pantalón con los mismos colores, donde estaba estampada la cara sonriente de su líder y amigo y el escudo peronista.

El entrenamiento de ese día ya llegó a su fin, pero Peralta insiste en continuar la charla en su casa, observando que el gimnasio está desierto y oscuro.

—En 1959 mi señora esperaba en Montevideo a nuestro primer hijo, Andrés, y yo trabajaba como empleado, entrenándome como podía. No se imagina lo mal que lo pasó. Un día acepté una pelea en Perú, con Mauro Mina, a pesar de estar enfermo. Necesitaba desesperadamente ese dinero. Me noqueé, fue el único que lo hizo en mi carrera. Cuando regresé, tenía principio de tuberculosis. Estuve casi dos años sin trabajar; los médicos me decían que no podía volver a subir a un ring: era horrible.

—¿Y cómo volvió?

—Estuve durante 8 meses mantenido por mis suegros; comprobando, por primera vez, lo que significa tener amigos adúlones. Pero llegó 1961 y volví al deporte. Lo máximo que gané por un combate fueron 40 mil pesos. Dos años más

tarde fui campeón argentino y sudamericano. Pero no me servía de nada: paraba en un triste hotel de plaza Constitución y desde allí me iba caminando al gimnasio para ahorrar el pasaje. Trabajaba en una carbonería y pensaba en abandonarlo todo. Pero gracias a mi mujer seguí. La suerte se dio vuelta, porque viajé a Estados Unidos y le gané a Willie Pastrano, entonces campeón mundial. Cuando pensé que las cosas iban cada vez mejor comenzaron las chanchadas de los empresarios. Y luego perdí la oportunidad de ganar el título del mundo. Me usaron para llenarse de oro.

—¿Y ahora qué piensa hacer?

—Vivo dedicado a esto: me traen negros norteamericanos duros como piedras, porque ningún europeo quiere pelear conmigo. Cuando consiga la ciudadanía española será otro cantar: lucharé por el título continental.

—¿Aceptaría que su hijo fuera boxeador?

—De ninguna manera, aunque Andreito está con ganas de pegarle a la bolsa. Es muy payaso, cuando la gente le pregunta delante mío, dice que va a estudiar. Pero cuando está solo dice que va a ser boxeador.

—¿Y usted qué futuro le desea?

—Que sea militar, fier de carrera. Puede que tenga la suerte de ser presidente y hacer por el pueblo lo mismo que hizo Perón. ■

Fotos: CARLOS ABRAS